Portelli, Alessandro



Dossier

Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos

Sociohistórica

2002, Nro. 11-12, p. 163-176.

Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos

◆ *Alessandro Portelli*

Les voy a hablar sobre la interacción que se establece entre lo que consideramos un hecho y lo que ocurre en la memoria, incluyendo acontecimientos imaginarios y falsos recuerdos. Lo haré a través de un caso específico –el asesinato de 335 personas, rehenes o, simplemente, personas tomadas al azar en la calle por las fuerzas de ocupación alemanas, en Roma en 1944, como represalia por un ataque partisano. En ese acto occurrido el día anterior, al que los registros británicos llaman consecuentemente "atentado", habían muerto 32 soldados alemanes.

Este acontecimiento tiene resonancia en el tiempo y, en cierta medida, contribuye a esclarecer la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante, aproximadamente, un solo día. Esclarece la historia a través de las personas y de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en él y también esclarece la memoria, porque constituye el lugar ideal de ardientes polémicas desde aquel entonces.

Voy a empezar con dos relatos distintos. El primero es un documento oficial de los británicos, un resumen de los acontecimientos, producido en ocasión de los procesos contra los Comandantes Alemanes en 1946. Esto es lo que decía:

> "Aproximadamente a las 15.00 horas del 23 de marzo 1944, mientras un grupo policial alemán marchaba por la Via Rasella en Roma, una bomba lanzada

◆ Università degli Studi di Roma "La Sapienza", Italia.

desde una habitación cercana provocó la muerte de 32 policías alemanes y varios heridos. El acusado von Mackenesen, comandante de la Armada 14, y Maeltzer, comandante militar en Roma, decidió, entonces, castigar este ultraje a través de acciones de represalias contra la población de Roma: por cada alemán muerto, diez italianos serían asesinados. La acción tendría lugar dentro de las 24 horas de producido el atentado partisano.

A las 14:00 horas del 24 de marzo 1944, las personas que iban a ser ejecutadas fueron trasladadas en camiones alternados hasta las Fosas Ardeatinas, en grupos de cinco. Fueron llevadas adentro de las cuevas, y oficiales de las SS les dispararon detrás de la cabeza. Al término de la masacre, se descubrió que se había matado a 335 personas, un número que superaba la original proporción de diez a uno. Luego, las cuevas fueron minadas. No se exhibió al público ningún aviso de la represalia, y las investigaciones para encontrar a los culpables del atentado no se llevaron a cabo sino mucho tiempo después de la matanza."

Esta versión inglesa es bastante precisa. De hecho, la bomba no fue lanzada desde una ventana, pero ese detalle no nos interesa en este momento. El punto clave es que de ninguna forma se advirtió al público sobre la represalia. Fue realizada de inmediato, dentro de las 24 horas, y el objetivo de las autoridades alemanas no fue castigar a los culpables, sino a la ciudad entera. Entonces, el castigo tenía que ser lo más inmediato y lo más duro posible.

Ahora, tengo otra historia que es una anécdota familiar. Apenas me comunicaron que había ganado un premio por mi libro sobre las Fosas Ardeatinas, llamé a mi esposa, que en ese momento estaba en la peluquería. Entonces cuando ella contó esto allí, una señora que estaba sentada a su lado le preguntó sobre qué era el libro. "Sobre las Fosas Ardeatinas", contestó mi esposa. Y la otra exclamó: "Oh, sí, yo conozco todo sobre esta historia!". ¡Esto es, justamente, lo que siempre dice la gente! Cuando se habla de este episodio, de inmediato estallan recuerdos y emociones. Y la mujer continuó: "Yo sé todo sobre esta historia, la culpa fue de esos partisanos que lanzaron la bomba, y después se escondieron. Los alemanes los fueron buscando. Me acuerdo de todos los carteles que pusieron en la ciudad, por todos lados: Si los culpables aparecen –decían los avisos– no vamos a tomar represalias. Pero si no aparecen, vamos a matar a diez italianos por cada alemán".

Pero no fue así. Las cosas no ocurrieron de ese modo. No hubo ni advertencias a la población, ni ningún intento concreto de tomar presos a los culpables, ni ninguna invitación para que los partisanos se presentasen y, así, evitar la represalia.

No obstante, la versión de la señora en la peluquería es la que prevalece en la memoria pública, la manera de recordar de la gente común. Esta visión está totalmente difundida y la señora realmente afirma que vió los carteles, los avisos que centenas de personas todavía dicen haber visto, a pesar de que nunca existieron.

Entonces, lo que quisiera investigar es el sentido más profundo de este acontecimiento, a la luz de la diferencia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo, puesto que se trata de un hecho intensamente recordado y, a la vez, dramáticamente mal-recordado. Lo que me llama la atención es que estos hechos, que estaban documentados desde hace medio siglo, hayan sido constantemente ignorados. De lo que la gente habla es de ese mito de la búsqueda realizada por los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron dejando, de esta manera, que los rehenes fuesen asesinados.

Así es cómo hay una distancia, por un lado, entre los archivos históricos y judiciales, incluyendo los precisos recuerdos de algunos testigos directos, inclusive los sobrevivientes y los familiares de las víctimas, y, por el otro lado, la memoria del sentido común, que exagera, modifica, crea mitos. Yo creo que en esta distancia se expresa toda la complejidad de la identidad nacional, de las bases constituyentes de la democracia italiana, de las políticas de la memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales.

El título que elegí es *Historia, Mito, Rituales y Símbolos*. Obviamente no es posible separar estos elementos, pero podemos utilizarlos como perspectivas a través de las cuales reflexionar sobre el significado de esta tragedia.

Historia, antes de todo. Cuando empecé a interesarme en esta investigación y a decir que quería hacer una historia oral de las Fosas Ardeatinas muchos me dijeron: "Bueno, pero no tendrías que hacer esto solamente, también tendrías que hacer esto y esto". La mayoría de la gente me decía que tenía que escribir la historia de la deportación de los judíos romanos, por ejemplo. Otros decían que tenía que empezar por las Leyes Raciales. Los incluí a todos: empecé desde 1870, cuando Roma se convirtió en la capital de Italia. Porque de hecho el lugar donde la masacre ocurre es muy importante. Quiero decir, que éste no fue el peor crimen de guerra cometido por los nazis en Italia. Hubo crímenes mucho más graves, con muchas más víctimas.

Cuando digo que no fue el peor crimen que se cometió en Roma me refiero a que, por ejemplo, las víctimas involucradas en la deportación de judíos fueron más de 1.500. Y no se trata de un caso aislado. Cuando estuve en el Archivo Público Nacional, encontré datos de investigaciones de las fuerzas británicas de más de 145 masacres, y los más graves no ocurrieron allí. Así que lo que hace a

la masacre de las Ardeatinas tan importante es el lugar donde se *verificó*, la capital del país. Y de hecho, fue la única masacre de tal entidad en un área metropolitana tan grande, y no en un pueblo o un área rural, en Europa.

Se trata de una masacre metropolitana. Y esto marca una diferencia esencial en términos de calidad de las víctimas porque, básicamente, en la mayoría de los otros casos éstas eran relativamente homogéneas, como puede ser homogénea la población de una aldea. Pero lo que hace a este caso tan importante, desde el punto de vista histórico y simbólico, es la absoluta heterogeneidad de las víctimas, quienes representaban un corte transversal de toda la sociedad italiana.

Desde el punto de vista geográfico, venían de todas partes de Italia. Hace un tiempo, estuve en Milán y hablé con la hermana de una de las víctimas. Fui a Salento, que está en el profundo Sur, a hablar con los hijos de otra. Venían de todos lados, básicamente porque a Roma llegaban personas de todo el país. Roma era el imán que los atraía a todos.

Y, también porque era una ciudad grande, estas personas pertenecían a todas la clases sociales. Había aristócratas del Piamonte, ambulantes del gueto judío, y todas la clases intermedias –clase media, clase obrera; profesionales, abogados, doctores, trabajadores industriales y de la construcción. Todo tipo de opción política, a partir de la distinción básica entre los que estaban involucrados en política y los que no. Y, si la mayoría de las víctimas fueron tomadas de los prisioneros políticos que los alemanes tenían a disposición, como en el momento del atentado ellos no tenían las personas suficientes para alcanzar el número que necesitaban, entonces, algunas personas fueron tomadas al azar de la calle. Y como todavía no era suficiente con eso, añadieron "la carga de judíos que estaba esperando", como dice el documento británico, "para ser despachada a Alemania".

Así es como tenemos las personas politizadas y las no politizadas. A su vez, el espectro político es el más amplio que se pueda imaginar: desde oficiales del ejército monárquico hasta los comunistas de ultra-izquierda de *Bandiera Rossa*, una escisión de la izquierda, que perdió sesenta activistas en la masacre. Había, también, comunistas, socialistas, liberales, demócratas cristianos. Hasta un miembro del ex consejo de ministros de Mussolini estaba entre las víctimas: era judío, se había hecho anti-fascista, había luchado por la resistencia y muerto allí. Hay también personas de todas las edades, desde los 74 hasta los 14 años. Entonces, si miramos el perfil de estas personas, tenemos un corte transversal de la ciudad y del país.

Al final de la cronología, cabe preguntarse: ¿a quién le echamos la culpa? Esto es lo que alimenta al mito, un mito que es funcional al debate histórico. Creo que

Italia es el único país en el cual, cincuenta años después de lo sucedido, todavía se está discutiendo si los activistas que lucharon por la libertad eran criminales, y si era o no era un crimen atacar unidades de policía de SS en marcha, pertenecientes a un ejército extranjero de ocupación.

Ésta es de hecho la otra cara de un aspecto positivo de nuestra identidad nacional. No somos un pueblo belicoso y por eso, en cierta manera, el intento de hacer de los partisanos "héroes de guerra" nunca tuvo gran éxito. Pero, por otro lado, ellos eran comunistas, y cualquier cosa que los comunistas hubieran hecho, especialmente desde la perspectiva de los años noventa, es un crimen. El anticomunismo quiere subrayar el hecho de que se trataba de una acción criminal, un nuevo ataque, y el debate sigue en el tiempo.

Volvamos a la escena de mi esposa en la peluquería, que responde a la señora: "Mi marido acaba de escribir un libro sobre eso. No fue así, como Ud. dice"; y ella le contesta: "¡Si su marido me hubiera preguntado antes a mí, no lo habría escrito!". El mito es tan resistente que no se modifica con las informaciones.

Ahora bien, la acción de Via Rasella fue una acción militar, muy bien planificada, en la cual participaron dieciocho partisanos . Pero el mito cuenta que había sólo uno, que es una manera de transformar una acción militar en un acto terrorista. Entonces, se supone que esta persona se sintió tan culpable de matar a los pobre SS que se suicidó enseguida. Afortunadamente, él está vivo, está muy bien, y le gusta mucho mi libro.

Así que, por un lado, tenemos un mito de base: no fue culpa de los alemanes, porque, obviamente, hay también otro mito, a saber: que los alemanes son severos, pero justos y cumplían con sus reglas. La proporción de uno a diez es tan precisa, tan perfecta que realmente nos lleva a pensar: "Los pobres alemanes, tenían que hacerlo, porque ésas eran las severas leyes de la guerra, aplicadas por personas severas. Eran severos, pero justos". Mientras que los partisanos eran representados como cobardes que se habían escondido. Esto constituye la parte esencial del debate sobre qué tipo de nación surgió a partir de la segunda guerra mundial. Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Imagino que estamos todos tremendamente aburridos de la expresión "La República nació de la Resistencia". Pero, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución italiana.

Entonces, si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos: "es culpa de los partisanos". Una versión antagónica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de

la resistencia a nuestra democracia, del hecho que la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Y esto es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista que nació de la Resistencia? ¿O es otra cosa?

El relato que encuentro más interesante en este contexto tiene que ver con el uso político de la dimensión temporal. Como expliqué anteriormente, el tiempo es muy importante para mí, porque la represalia fue ejecutada dentro de las 24 horas, y es por eso que titulé mi libro con las palabras finales del comunicado de prensa alemán: "La orden ya fue cumplida". Los alemanes informaron a la población del ataque partisano después de la masacre. Sin embargo, si se le pregunta a la gente –y yo pregunté a más de doscientas personas de todo tipo, de 80 a 14 años– "¿cuánto tiempo pasó entre el ataque partisano y la represalia?", responden con distintas posibilidades, que van de los tres días a los seis meses. ¿Por qué pasa esto? Pues, básicamente, porque necesitan darle a los alemanes el tiempo para buscar a los partisanos y pedirles que se rindan; entonces, pueden echarle la culpa a los partisanos por no contestar a la oferta alemana de rendición. Les voy a leer ahora otra versión, de un muchacho, estudiante de la escuela secundaria: "Durante una semana entera los alemanes estuvieron tomando prisioneros, sobre todo en el barrio judío, y avisando, avisando a la población que si los culpables del ataque de Via Rasella no aparecían, se llevarían a 11 italianos, ó 13, no me acuerdo bien, por cada alemán que había caído en el ataque".

Este es el mito básico, lo que puede escucharse en la peluquería, en los alrededores de tu casa o entre los estudiantes de la escuela. Pero, a la vez, desde que el mito fue desbaratado, por lo menos en el ámbito público, nacieron versiones alternativas a éste. El mito, en este sentido, funciona como un conjunto de historias intercambiables, y todas soportan una conclusión preconcebida, que es: "La culpa es de los partisanos comunistas". Entonces, una vez que esté claro que no se trató de subordinar la masacre a la aparición de los partisanos, la nueva versión del mito será: "Tenían que mostrarse de todas maneras, los estuvieran buscando o no, supieran de la represalia o no". Hay también otra, muy popular durante estos días, que es: "Tendrían que haber calculado las consecuencias. Los alemanes son como animales, como bestias salvajes. Si los provocás, reaccionan".

En realidad, parte de este mito es el estereotipo anti-alemán, "Los alemanes son bestias. Los alemanes son como máquinas"; pero los alemanes son humanos, y lo que hicieron no fue producto de una reacción instintiva, sino de una decisión

política muy bien planeada. Sin embargo, el mito según el cual los partisanos "tendrían que haber sabido", está basado sobre otro tipo de suposición: que ésa había sido la única acción armada en Roma en la cual se mataron alemanes. Pero esto es absolutamente falso ya que éste fue el ataque número 43, en Roma, en contra de los alemanes.

La motivación esencial por la cual esta vez hubo represalia fue que, anteriormente, los alemanes preferían callarse, controlaban la comunicación, y los transportes habían fracasado en la ciudad, entonces las noticias sobre otros ataques partisanos no habían circulado. Los alemanes confiaban en el mito de la invulnerabilidad y de la invencibilidad para mantener la ciudad tranquila. Pero Via Rasella era demasiado grande, y la acción ocurrió en pleno día, en el centro de la ciudad. No pudieron ocultarla.

De hecho, hay otro mito: si preguntás a alguien de esa generación, te dice que estuvo allí, o que iba a pasar por allí, o que conocía a un amigo que estaba allí. Por eso, era un hecho difícil de callar: era un quiebre visible en la armadura de invulnerabilidad de las fuerzas de ocupación; entonces tenían que hacer algo de inmediato. Efectivamente, algunas versiones de este mito dicen que los partisanos "Lo hicieron a propósito; para que los alemanes matasen a prisioneros de diferentes partidos políticos, o para que los alemanes tomasen represalias, y de esta manera pudiera estallar la rebelión".

En términos de uso público de este evento hay cierta tensión entre lo que puede ser, por un lado, una masacre colectiva –335 víctimas– y, por otro, 335 asesinatos individuales. Son dos maneras distintas de mirar el mismo fenómeno, porque la masacre colectiva produce memoria pública, monumentos, homenajes. Los 335 asesinatos individuales producen recuerdos personales y pérdidas personales. Puesto que lo único que tenían en común es que todas las víctimas eran hombres, esto significa, además, que los que llevan la memoria, después, son esencialmente mujeres, esposas, madres... algunos padres, pero, esencialmente, esto es un asunto de mujeres. Y la tensión entre el monumento y la memoria personal nació de inmediato.

Roma fue liberada en junio, y enseguida el Comando Aliado dijo: "Muy bien. Estas personas ya fueron sepultadas, ya están bajo tierra, entonces vamos a construir un monumento para recordarlas". Y desde luego que los parientes, las mujeres –las esposas y las hijas– dijeron que eso era imposible. Así habla Vera Simoni, hija de un general de las Fuerzas Aéreas que fue asesinado en las Fosas:

"Y allí es cuando aparece mi madre, y dijo: 'No', porque de esta manera estaríamos todavía esperando la vuelta de mi padre. Dijo: 'No. Quiero que cada uno de ellos sea reconocido'. Fue a hablar con los oficiales, y le contestaron: 'Señora, nos encantaría hacer lo que nos pide, pero es imposible. No se puede hacer'. Muy bien. Entonces mi madre, mi hermana y yo fuimos a ver al general Pollock, jefe de las Fuerzas Aliadas, que nos recibió enseguida. Y mi madre dijo: 'Mire, vinimos para pedirle esto. Sabemos que quieren construir un monumento, pero no lo aceptamos. Queremos que sean reconocidos, que cada cuerpo sea reconocido'. El general nos miró, y posiblemente estaba pensando 'Dios mío, estas personas están un poco trastornadas por el dolor'.

Entonces nos dijo: 'Bueno, será difícil'. Pero mi madre ya había hablado con el doctor Ascarelli, patólogo, que después de haber visitado el sitio afirmó que era una idea loca, pero que todo se podía hacer, y sobre todo si el dolor y el deseo eran tan fuertes. Entonces mi madre le contestó que como habíamos hablado ya con el profesor, la cosa se podía hacer. El general nos contestó que lo iba a pensar, y nos acompañó a la puerta, y yo también dije estas palabras, como lo había hecho mi madre: 'Mire, no nos vamos a rendir. No es que no querramos nada. No queremos nada para nosotras, pero queremos que sean identificados, porque todos los otros familiares se encuentran en la misma situación que nosotras' y le dije en inglés: '*we don't give up*' ".

Finalmente lo hicieron, y ésta es la situación en la cual puede reconocerse la diferencia entre poner alguien bajo tierra y sepultarlo, celebrar un homenaje en el cual su muerte está reconocida, y, así, en cierta forma se le añade valor; como diría Ernesto de Martino, adquiere un significado. Porque, antes de eso, las mujeres no sabían nada. Los familiares tampoco. Los hombres y los padres tenían adentro un sentimiento increíble de derrota, se sentían inútiles. Y así fue cómo fueron las mujeres las que empezaron a preguntar "¿Qué pasó?" y "¿Quiénes son?" porque las personas desaparecían a cada rato, se las llevaban.

Esta es la historia de un colega de mi Departamento:

"Creo que mi madre fue con algunas amigas, el mismo día, a las cuevas. Obvio, en el estado en que se encontraban... hay percepciones físicas muy fuertes de olor, el olor, esto se distorsiona con el tiempo. Pero mi madre siempre me contaba cosas verdaderas, sin distorsiones. Me dijo que lo que más la... hirió, lo que más le chocó, fue que los de las SS se reían. Tal vez por la ansiedad. ¿Quién sabe? Y al día siguiente formaron una especie de procesión de mujeres, [que es una imagen religiosa] una procesión de mujeres... Ella fue, y creo que también fue la

esposa de Pilo Albertelli. Pilo Albertelli fue uno de los héroes de la Resistencia, fue el profesor de filosofía de mi madre cuando ella estaba en la secundaria.

Entonces ella fue, y las otras mujeres, y Lia Albertelli, la esposa de Pilo Albertelli, escribió un poema sobre eso, dijo: 'Caminamos, buscando a tientas, debajo del techo pesado. El aire grasiento llena nuestras bocas, nos corta la respiración. Nos sostenemos la una con la otra, apretando nuestras manos. Algunas esposas, una hermana y una madre. Al final de la cueva, hay un montón, alto. Empezamos a subir, y la tierra se disuelve debajo de nuestros pies, y desde ese coágulo sale un olor fuerte, cada vez más fuerte... una de nosotras recoge un revoltijo de pelo ensangrentado, su grito desesperado nos echa al suelo. Están debajo de nosotras, los estamos pisando, estamos pisando a los padres de nuestros hijos'".

Los sacaron de la tierra para volver a enterrarlos, y tuvieron que reconocerlos. Estuvieron allí durante meses y meses, los mataron en marzo, esto empezó en julio y siguió hasta el final de septiembre. Los cuerpos estaban amontonados uno sobre el otro, porque no había espacio suficiente en la cueva. Se hace evidente que los habían hecho subir sobre los cuerpos de los que ya habían sido asesinados, para ser ellos, a su vez, asesinados.

¡Cuántas historias! ... Tengo historias más horribles aún, como la de Giuseppe Bolgia. Las Fuerzas Aéreas americanas o británicas mataron a su madre durante un ataque aéreo en Roma, y su padre fue asesinado en las Fosas Ardeatinas. Cuando le pregunté "¿A quién le echas la culpa?", me contestó: "Es culpa de los alemanes por mi padre, y de los aliados por mi madre. Cada uno hizo lo suyo..." Me dijo que tenía 12 años cuando tuvo que reconocer el cuerpo de su padre.

"Es algo imposible de contar. Nadie lo va a entender. No fue fácil porque ese montón de cadáveres que habían hecho... uno sobre el otro, filas de seis, siete cuerpos, cuerpos muertos, uno sobre el otro. Yo fui, y mi hermana conmigo, debajo de esas cuevas espantosas. Fue una experiencia muy negativa para mí. Hoy en día, después de 53 años, todavía me acuerdo como si fuera ayer, veo todos esos hombres asesinados. Me acuerdo de una caja con calaveras y esqueletos por todos lados, y los que no podías reconocer. Y luego reconocimos el cadáver de mi padre. No tenía la cabeza, muchos no la tenían, porque les habían disparado en la cabeza, sabés. Reconocimos a mi padre por los vestidos, y por un reloj alemán que llevaba, un regalo que daban a los trabajadores de ferrocarriles. Y los vestidos, otros detalles, fotografías, varios papeles".

Esto siguió durante meses y meses. Mientras tanto, el público se apropiaba de la memoria, se estaba haciendo un recuerdo nacional.

De allí surgieron dos tipologías de rituales. Por un lado, ¿cómo se llora la muerte? Estamos en 1944, en Roma, una ciudad del sur. Su población está compuesta por una mayoría de inmigrantes de primera generación de las áreas rurales del sur. Entonces lo que tenemos es esa manera muy fuerte, muy emocional de vivir el dolor por los muertos, la que describen los etnógrafos en sus estudios sobre Italia del sur, con llanto y pérdida de control. Carla Capponi, partisana que acompañó a la esposa de una víctima, recuerda: "Todos sus familiares estaban allí, inclusive su hijo, y me enteré de qué clase de lugar infernal era eso, con todos los parientes que tenían que reconocer esos pedazos de cuerpos. Una escena espantosa. Gritaban mientras se sacaban los cuerpos de la tierra. ¿Cómo podría explicarles? Era tan trágico que no se podía resistir ver esos estremecimientos".

Creo que en este caso es posible entender literalmente el sentido de la tragedia, porque las voces y los gestos son los del teatro Mediterráneo clásico, los de la Grecia antigua y de Italia del sur. Pueden verse escenas que aparecen en documentos que describen formas muy arcaicas de llorar a los muertos, como la imagen de la mujer con el pañuelo, como se suele hacer en Lucania, y esta manera rítmica de moverse y lamentarse, y el grito que se hace canto y poema y ritmo, y alivia.

Roma, además, es una ciudad, una ciudad de clase media. Y por eso vive el duelo típico de la clase media que lo lleva todo adentro. Todo adentro. Hay muchas historias de llantos reprimidos, de personas que no pudieron llorar sino algunos años después. Se buscaban el uno al otro estos niños de clase media, impactados por este despliegue de emociones. O especialmente impactados en cuanto veían a sus familiares caer víctimas de las emociones.

Por otro lado, está el monumento, que es maravilloso. Y están los homenajes, durante los cuales la pregunta era "¿Cómo puedes hacerlo espiritual? ¿Cómo puedes abstraer esta historia, que es muy concreta?". Y ¿cómo puedes hacerlo en plena Guerra Fría cuando, de repente, los comunistas son tus enemigos y los alemanes tus aliados? La memoria pública está muy por debajo de la influencia de la religión, por un lado, y de las fuerzas militares, por otro, las dos instituciones que básicamente se hacen cargo de la muerte. En ninguno de los discursos oficiales que leí se menciona quien mató a esta gente. "Dieron sus vidas". "Se sacrificaron".

Pues no lo hicieron. Algunos arriesgaron sus vidas –los partisanos. Otros no. Por ejemplo, los judíos, o aquellos tomados al azar en la calle. Entonces podemos

llamarlos mártires a todos, o llamarlos héroes pero, de ninguna manera, puede decirse que eran todos inocentes, porque muchos de ellos habían hecho algo. Como subrayó el hijo de uno de ellos: "Mi padre no era inocente. Intentó luchar contra los alemanes". Y otra: "No quiero ser la hija de una víctima inocente". No hay una categoría que los una, a menos que tomemos en consideración una categoría muy abstracta e inofensiva como la de "mártires" de la libertad. Nunca, casi nunca, las opciones reales que ellos tomaron son mencionadas.

Podría verse esta dinámica cada año, el 24 de marzo. El homenaje oficial tendría lugar en la mañana, y los oradores serían católicos, demócratas cristianos, con cinco minutos de oraciones judías. En la tarde, los trabajadores con las banderas rojas. Y en medio, las personas que no sabrían qué hacer, que lloran por sus padres, por sus hermanos, por sus hijos, no por héroes.

¿Cómo siguieron sus vidas? Esta es la pregunta que me llevó a este proyecto de investigación, porque en 1994, como Uds. saben, se encontró en Argentina a uno de los culpables, el capitán de las SS Erich Priebke. Lo llevaron a Italia y lo procesaron, y la polémica estalló otra vez.

Y allí estaban los familiares, y enseguida se tenía la sensación, a través de los medios de comunicación, de la televisión, de la prensa, que se trataba de una cuestión privada entre los nazis –los culpables– y las víctimas –los familiares y la comunidad judía–, y nosotros, buena gente, que simpatizamos con las víctimas pero, al final, sentíamos que era algo que ya no nos preocupaba. Se representaba a las víctimas como si estuvieran congeladas en el tiempo. Claro que en cierta manera lo están. Como dice Giuseppe Bolgia, "es como ayer". Pero, por otro lado, han vivido, y por más de medio siglo. ¿Cómo siguieron sus vidas? Por ejemplo, en 1944, se supone que las mujeres no iban a trabajar. Y estas mujeres, todas vestidas de negro, están por todas partes, y molestan en una ciudad que tiende a compadecerlas, pero que, en realidad, no quiere verlas circulando por allí.

Ada Pignotti tenía 23 años, hacía seis meses que se había casado. Perdió a su marido y a otros tres familiares más y dijo:

> "Bueno, realmente no se podía hablar de lo pasó después del 44. No se podía. Estuve trabajando durante cuarenta años y hasta en mi oficina, cuando de vez en cuando me preguntaban, no podía hablar, realmente, porque... eran tan descarados al contestarte. Te decían: 'pues échale la culpa a quien lanzó la bomba'. Yo hacía como que no escuchaba, porque siempre te contestaban de la misma manera: 'la culpa no es de los alemanes, sino del que puso la bomba, porque si se hubiera mostrado, ¡lo habrían matado a él!'"

Se necesitaba dar un significado a lo que había ocurrido. Ada sigue diciendo: "Bueno, ¿quién escribió la historia? ¿Cuándo lo dijeron? Nunca. Nunca nos avisaron. No pusieron ningún aviso, sino después, después de haberlos matado".

Ella se da cuenta de que estos falsos recuerdos son una manera para exorcizarla, o para negarse a compartir su dolor.

Y esas mujeres, las viudas, salieron a la escena pública, y todo el mundo dio por hecho que estaban indefensas, que ya no tenían a sus hombres, entonces se suponía que eran un presa fácil. Así fue cómo les tocó vivir también el acoso sexual –algo que en la época ni siquiera tenía nombre– además de lo que ya habían sufrido. Algunas de estas mujeres padecieron esta clase de historias que nos ilustran acerca de lo que la cultura machista era en esa época y hasta qué punto esto se daba por descontado.

Pero también hay historias de ayuda mutua como, por ejemplo, la de una mujer que perdió a su hermano y nos cuenta que fue a vivir a la casa de su cuñada, y que, a escondidas, le ponía tranquilizantes en la sopa, y después se dio cuenta de que su cuñada hacía lo mismo en su sopa. Luego tenemos las historias de niños que crecieron en orfelinatos, o rodeados por el dolor de los familiares. "Era un dolor extraño", una mujer siempre repite lo mismo, "un dolor extraño". Recuerda un día en que llamó a su madre, ya cerca de los años sesenta, y le preguntó "¿Mamá qué haces?" Y ella: "Estoy llorando". "¿Por qué lloras?" "Lloro por tu padre". "¿Ahora?". "Sí", me dice, "No tenía tiempo antes, tenía que trabajar. Tenía tres trabajos, tenía que cuidar la casa y a cuatro hijas. Ahora que estoy jubilada puedo llorar". Los niños crecieron en orfelinatos, y hasta en sus casas estuvieron rodeados por ese trauma, que se transmitió a través de las generaciones.

Finalmente, los símbolos. Durante mi investigación entrevisté a gente joven. Cuando dices que estás entrevistando a jóvenes, siempre te dicen "Ellos no saben nada, no tienen ninguna memoria histórica". Y bueno, por un lado no la tienen, en la misma medida en que sus padres y abuelos tampoco la tienen. O sea, algunos tienen las mismas versiones equivocadas de sus padres o de sus abuelos. Pero otros, afortunadamente, no tienen ninguna versión, lo que es bueno, porque no conocen la versión equivocada, la que les impide saber lo que realmente pasó y su significado. Muchos jóvenes no relacionan automáticamente el ataque con la masacre en términos de causa y efecto. Entonces, no alejan la mirada del hecho de la masacre. Tienen dificultades en

historizar el acontecimiento, porque no saben lo que realmente sucedió. Pero lo simbolizan estupendamente.

> "Sinceramente, no me acuerdo bien de esta historia. En serio, no me acuerdo muy bien. Pero el nombre me suena, sé que me suena, 'Fosas Ardeatinas'". Las 'Fosas' antiguamente eran canteras. Cantera en italiano es 'cueva', es por eso que son conocidas como 'cuevas' en inglés, también porque eran subterráneas. Después de la guerra, le cambiaron el nombre por 'Fosas', que significa 'tumbas', y también 'zanjas'."
>
> Entonces, este joven sigue diciendo: "Fosas Ardeatinas. Me imagino estas zanjas enormes donde se deshacían de las personas. Me imagino... sí... esto es lo que me imagino, un lugar donde tiran, mutilan, masacran gente'. Y le pregunto: '¿como basura?' y me contesta 'Sí, exactamente, como basura. Los toman y los echan allá, como si fueran bolsas de papas, o cosas. ¿Sabes lo que me recuerda? Me hace pensar en la aniquilación del valor de la vida. Me hace pensar en eso. Hombres llevados como cosas, pedazos, como... no sé, como un trapo".

Increíblemente tiene razón: "Como un pedazo". Todos nos acordamos que los nazis llamaban "*stücken*", pedazos, a los prisioneros deportados, en los campos de exterminio. Y también que intentaron ocultar las cuevas con basura, para cubrir el olor que empezaba a salir de los cuerpos. Entonces, ¿qué es lo que perciben los jóvenes? Una imagen de muerte absurda, rápida y casual. Una muerte que de ninguna manera resulta de un proceso natural.

Y esto está muy relacionado con su experiencia de la muerte. De hecho me enteré, al escribir este libro, que mi generación fue algo fuera de lo común en este sentido, una generación crecida en el "boom" económico de los años después de la guerra, una generación para la cual la muerte era prácticamente invisible. La muerte de los jóvenes era algo realmente excepcional, prevalecía la actitud típica de clase media, que ocultaba la muerte a los niños. Pero los jóvenes de hoy son distintos. Hubo tres suicidios en la clase de mi hijo mayor, una escuela secundaria. En la calle donde vivo, hay como mínimo doce señales hechas con flores, figuritas de fútbol, fotos de algunos amigos de ellos que murieron en un accidente. Y saben todo sobre la muerte por droga.

Entonces, los jóvenes tienen familiaridad con la muerte. Y la generación anterior todavía cree que ellos no saben nada, y que tampoco deberían enseñárselo, así que nadie los ayuda a manejarse con la muerte, tienen que enfrentarse a

ella solos. Las Fosas Ardeatinas son un símbolo en este sentido, la típica excursión escolar. A veces se ríen, a veces quedan realmente impactados e impresionados. Pero lo que más les llama la atención no es el antifascismo o lo que sea. Es la presencia de la muerte. El libro pionero sobre este acontecimiento, las Fosas Ardeatinas, es *La muerte en Roma,* de Robert Katz. Creo que es un título muy acertado, y que va más allá de lo que quería decir, va realmente a tocar el significado de la muerte en la ciudad moderna, y el significado de la memoria de la muerte.

Me gustaría entonces terminar con un pequeño relato sobre la muerte, los homenajes y el sentido de la historia. Este hombre, uno de los pocos hombres, es un hijo –Modesto De Angelis– y dice:

> "Yo siempre me aburría durante estos actos, aunque no tenía que estar de pie, me sentía totalmente anónimo con esta gente. No tenía que subir a la plataforma donde estaban los familiares de las víctimas, y nadie podía verme y decirme 'Miren, este es uno de los hijos'. Pero las palabras que se utilizaban durante estos homenajes, las palabras, eran tan aburridas, y me cansaban. Y una vez ocurrió algo que empecé a hacer siempre. Un día fui al monumento [que tiene también las tumbas adentro, así que es monumento y cementerio]. Era una mañana de primavera en que fui, a las nueve, cuando los monumentos abren al público y no hay nadie. Tú lo viste, el monumento está cubierto por una piedra grande. [Así de grande, como el doble de esto, 335 tumbas de hormigón desde el suelo, y un bloque igual de cemento encima, una piedra enorme apenas levantada en el borde]. A veces, en primavera, algunos pájaros se sientan allí y cantan, y cuando voy me pongo a rezar, o hablo... En voz baja, aunque esté solo, a los muertos, a quienes siempre llamé 'mis muchachos'. Pero si algo todavía me produce amargura, después de todos estos años, es el hecho de que nunca pude ir allá y decirles, realmente convencido, 'Bueno, lo logramos. *Ustedes* lo lograron'".